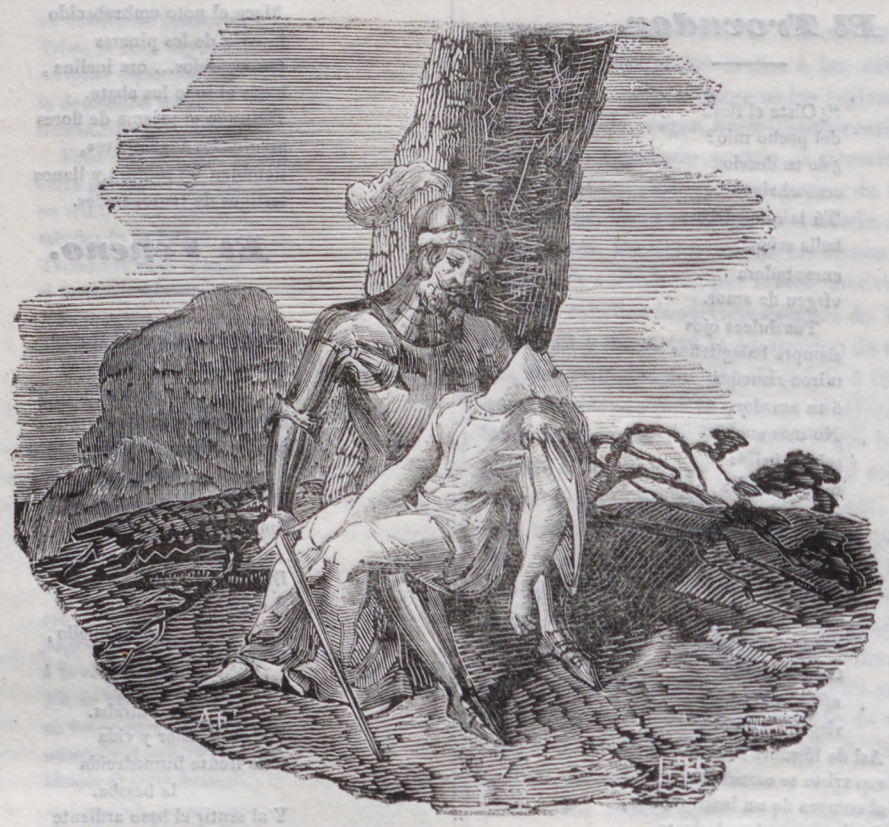


ETELVINA.

El Alcazar.

Mazizo Alcázar ostenta
su gótica arquitectura
en seca estéril llanura
cabe el tormentoso mar.
Sus pardos muros sostienen
jigantescos torreones
do se vieran los pendones
de la luna tremolar.
De bronce compactas puertas
lo cierran y se envanece
orgulloso que parece
embotado allí el valor.
Era la noche y sombria...
velando su faz la luna
en la salobre laguna
no lanzaba su fulgor.
Ni con tétrico reflejo
los muros iluminaba,
del vijia no brillaba
el acicalado arnes,
cuando en las sombras envuelto
un guerrero se acercó
y el alto muro escaló
con rápida intrepidez.

El Capitan.

Adormida en blando lecho
la hermosa Etelvina está:
en sueño plácido admira
de su amado la beldad.
Del Doncel mas aguerrido
que se vido batallar:
con mas grácia y apostura
en los juegos cabalgar.
Es llamado por su lira
"El trovador sin igual";
por sus ínclitas proezas
"el caballero sin par"
Tierno amante de Etelvina
la adora con firme afan
cada noche al pie del muro
su amor le viene á cantar.
Un rival gime envidioso
de tanta felicidad,
adorador de Etelvina
que ha jurado la robar
si desoye de su afecto
la exigéncia pertinaz.
Es jigante en la estatura
de ballestas Capitan,
brusco, retardor, indómito
de negra y horrible faz;
osado empero á lo sumo
y arrestado sin igual.
Ignora el dichoso amante
del guerrero la ansiedad,
lo sabe y tiembla Etelvina
en su peligro al pensar.

El Trovador.

"¿Oiste el lloro
del pecho mio?
¿de tu desvio
cesó el rigor?
Tú la que adoro
bella señora
encantadora
vírgen de amor.
Tus dulces ojos
siempre halagüeños
miren risueños
á tu amador.
No mas enojos
señora bella:
mi dicha sella
vírgen de amor.
Que soy constante
tu caballero:
firme y sincero
como mi honor,
mi pecho amante
te jura eterno
afecto tierno
vírgen de amor",
Asi de lúgubre acento
eco triste se escuchaba:
al compas de un instrumento,
dando sus quejas al viento
bajo el muro resonaba.
La luna se descubria...
sobre el castillo brilló.
Tambien un grupo se veia
que del muro descendia
y al vijia no alarmó.
Era un jigante guerrero
á una belleza abrazado.
En un frison altanero
apenas hubo montado
cuando partióse ligero.
El trovador sin tocar
el estribo ya montó...
del bruto hiere el hijar
y al escape se lanzó
á Etelvina á libertar.

La Tempestad.

Con rugido pavoroso
bramaban los vendavales,
y de los antros huian
graznando siniestras aves.
El torrente impetuoso
arrastraba en sus raudales
ramas, árboles y rocas
túrbio corriendo á los mares.
Retumba el trueno lejano:
el granizo el campo bate
y relámpagos siniestros
son furtivos luminares.
Rasga el rayo de estermínio
con menazantes señales
la atmósfera que de opaca
convierte en toldo brillante.
Mece el noto embrabecido
la copa de los pinares
tan erguidos... ora inclina,
hasta el lodo los abate.
Desnudo el prisma de flores
arruinados los hogares,
tiemblan los montes y llanos
testigos de tantos males.

El Veneno.

De álamo prócer al tronco
que azotaba el noto ronco
recostado,
Coloso adalid se via
que un objeto sostenia
abrazado.
De blanco lino vestido
con el cabello esparcido
por el cuello.
Blandamente desmayado
el divino y azorado
rostro bello,
Sobre el pecho varonil
del atleta que gentil
la miraba.
Por darle calor y vida
en la frente humedecida
la besaba.
Y al sentir el beso ardiente
cual mordida de serpiente
despertó
Y al mirar el rostro fiero
y convulso del guerrero
ay! tembló.
"¿Qué tienes, dijo asustado
el guerrero enamorado,
mi tesoro?
¿Por qué de mis tiernos brazos
rehusas los blandos lazos
la que adoro?
Tierna te muestra á mi ruego,
y sella mi dicha luego
mi alegria.
Entre horrisono bramido
y del rayo al estallido
sé tú mia"
La oprimia hácia su seno,
de amor y de audácia lleno
la besó...
Y la vírgen candorosa
á sus lábios temblorosa
aplicó
Un pomito misterioso
que no vido el amoroso
lidiador.
Con fuego impuro la oprime
de lúbrico anhelo gime
con temblor.

La Aurora.

Su faz cándida asomaba
la aurora por el Oriente
alumbrando debilmente

un cuadro de destruccion.
Triste la vista vagaba...
do quier espantosa vía
la desolacion impia
tremolando su pendon.
Febo vela el rostro de oro
entre pardas nubecillas
no trinan las avecillas
saludando su fulgor.
Tremando ruge sonoro
el torrente borrascoso:
todo presenta horroroso
muerte, esterminio, dolor.
Pálido feroz guerrero
bajo un álamo se mira
como el génio de la ira
desesperado votar.
Brilla en su diestra el acero:
un lívido bulto abraza:
el férreo lanzon embraza:
gime con hondo penar.
Y el cárdeno lábio besa
con su boca enardecida:
pugna por darle su vida
á la vírgen celestial.
En su bárbara fiereza,
su vehemente desvario,
abrazado al cuerpo frio
blande el arma funeral.
....
Cuando un doncel allegó
desnuda brillante espada.
Mortal mirada arrojó
Cual de la tumba lanzada.
El atleta sonrió.
Sostiene con brazo fuerte
la víctima de su amor.
Blande el acero de muerte
provocando al trovador
á que á Etelvina liberte.
Con furor fieros se aplazan:
ambos fuertes denodados:
ya retroceden: ya avanzan:
á los golpes arreciados
muerte y esterminio lanzan.
A Etelvina arrebató
el doncel que brama en ira.
El grueso lanzon vibró
el jigante, apunta, tira,
y la liza concluyó.

A.

CONCLUYE EL ARTICULO ANTERIOR SOBRE el aprecio de los caballos antíguos comparado con el que se hace de los modernos.

Comparemos el aprécio que se hizo en la antigüedad de los caballos, con el descuido é indiferéncia que hoy se miran, por mas que se quiera decir lo contrário, particularmente en España, y hallaremos el orígen de la pérdida de las buenas razas y de la grácia, estampa y robustez que ténian cuando no se fatigaban, bajo una armadura que hoy no soportaria média hora el mas esforzado de los nuestros, ni daban muestras de cansáncio á las veloces vueltas del circo. Los pueblos orientales tratan á los caballos bien generalmente; pero ni éstos ni los ingleses, que frenéticos por ellos, llegan hasta ennoblecerlos en sus castas, y han estudiado cuanto es necesário á la conservacion, prosperidad y propagacion de las buenas razas, imitan, en lo principal, el cuidado, amor y estimacion que se les concedió por los elenos y romanos, y al que son acreedores por tantos motivos.

Los caballos modernos despues de haber sido por su viveza y magestad la admiracion de todos en el prado, son vendidos por un vil précio á un nuevo dueño, que descuidando por lo general su educacion, trata solamente de sacar de él el partido que le movió á comprarle. El caballo que es de natural orgulloso, se resiente de la indiferéncia de su dueño, es sensible al mal trato de un grosero criado mas que otros animales, y asi es que á poco tiempo de salir del prado donde se crió, se le nota triste, con el ojo mústio y la cabeza baja, como sintiendo que nádie recuerde su lozania y valor, y viviendo sin estímulo alguno de glória, la mayor parte de estos nobles animales, vienen á concluir sus dias ó bien tirando de una súcia nória ó en el circo á impulso del furor de un rabioso toro que le asesina impunemente, si ya no le dedican á otros usos menos decorosos, que hacen la vida del caballo corta y penosa, particularmente si pasan de de la opuléncia á tan miserable estado. Muchas son las reflexiones que se nos ocurren con este motivo acerca de las causas de la decadéncia y pérdida de las buenas razas de caballos y de los defectos de su educacion y cuidado, asi como tambien de lo que ganaria la humanidad y la moral, sustituyendo los juegos de la carrera y demas ecuestres á los sangrientos espectáculos de nuestro circo; pero no queriendo molestar mas á nuestro lectores, y deseando que otra pluma mas maestra llame la atencion de los españoles sobre este interesante punto para atajar el mal que nos amenaza, de perder las pocas castas buenas que nos quedan, concluiremos este artículo diciendo con los sábios Chau y Le Blond: que los antíguos, aunque sintamos confesarlo, eran mas magníficos, mas suntuosos y de mas grandiosa alma que nosotros aun en sus juegos y espectáculos, los que generalmente redundaban en beneficio de la utilidad pública.

B. S. Castellanos.

AÑO 956.

1.°

Una larga sombra cubria toda la superfície de la tierra, la oscuridad estaba acompañada del siléncio, el buho y la lechuza silvaban alternativamente sobre las elevadas cúpulas de la vecina y desmoronada torre, los ladridos de un mastin leal resonaban en una de las

calles de Leon. Una hora antes el austero habitante de la clausura habia tocado á maitines. Un jóven cubierto de largo albornoz es el mortal único que á tales horas huella pausadamente las calles de la ciudad. De repente se para, fija sus ojos en una ventana, lanza un suspiro de amor, y apoyándose contra una piedra, despues de pulsar rápidamente las cuerdas de su laud, con voz armoniosa y dulce entonó la siguiente trova.

2.°

Tú fermosa de Castilla,
tú la fembra mas lozana
la mas apuesta y galana
la que causa mi pasion.
Oye la mi cuita,
muestra tus luceros,
que ha llegado á veros
vuestro trovador.
Si bien quedé en el torneo
ferido en el corazon,
aun volviera con teson
otra vez á combatir:
y juro á tus ojos
que si alli muriera
ninguno entendiera
mi triste plañir.
No el oro y perlas que orlaban
tu cabello ensortijado
cegóme, no tu tocado
ni el velludo de carmin.
La tu faz sola
vide de rosa,
vide una hermosa,
te vide á tí.
¿Quien me arrebatara el prémio
ni de victória la palma,
cuando suspiraba el alma
del mantenedor por tí?
Cayó Urrea
y su pujanza,
con mi lanza
le rendí.
Y cayeron alli todos
los mas bizarros donceles
y pisára sus caireles
altanero con mis pies,
si tu mano
tersa y bella
¡Oh doncella
fuera el prez!
Magüer que nunca me estimes
juro adorarte muger.
La mi muerte ó tu querer
no apetezco nada mas.
Si acaso me escuchas
dime si me quieres,
ó si á mi prefieres
intonso rapaz.
Duélete flor de este suelo
ángel de ventura y paz,
ó á manos de moro audaz
terminará mi dolor.
Tu frente de plata
vea y los tus ojos,
fincado de hinojos
demando favor.

3.°

El canto del jóven ha cesado, el siléncio ha vuelto á recobrar su império, la luna sola parece sensible á las quejas del amante; por médio de agrupadas nubes ha presentado su arjentada faz, y sus apagados rayos reflejan sobre las vidrieras de un palácio. El jóven permanece inmóvil; un suspiro que lanza es lo único que prueba que respira. A la brisa sucede el aquilon; pero el rigor de este en nada ofende al que vela, él se defiende con su capuz. Ya desconfia, ya se decide á retirarse lleno de amargura y sentimiento como se retiró ayer, como se retira todas las noches. Un ruido sordo se percibe, abren una ventana, un lienzo blanco se ajita en ella. Una voz se escucha; la voz de una mujer. Pero ¿qué espresa esta voz? un enigma. ¿Sois caballero? Conde Fernan Gonzalez; si lo sois, subid á esta ventana; el puñal de un asesino se aguza contra vos; la perfidia respetará la mansion de Doña Sancha.

4.°

¡Cuán breve es el placer! semejante al soplo del hombre tan pronto existe como desaparece. Su existéncia es una luz, el pesar su sombra, mientras la luz vive no se separa la sombra del cuerpo. Un placer celestial, un encanto incomprensible, sintió el jóven al respirar bajo los dorados techos de la que amaba; pero á este ha sucedido ya el abatimiento de los reprobos. El conde yace en un lóbrego calabozo. La falsedad habrá tendido sus redes? No lo puede creer. El corazon de una vírgen es mas puro que el sol, es el espejo de la sinceridad, la obra de Dios; pero el conde gime, está solo, el conde no sabe á quien atribuir su desgrácia. Suenan los cerrojos de su prision, la puerta gira y se abre, pero sigue reinando la misma lobreguez y oscuridad. Tal vez fiero sayon viene á ensangrentar su feroz cuchilla, pero no, las pisadas indican temor. Si las mazmorras produjeran flores, no inclinarian su cáliz bajo las huellas de la Vírgen. Una voz de consuelo, se oye en el espácio, levántate, siguéme, toma una espada.

5.°

Un ángel en forma de doncella habia librado al conde de su prision. Este angel jura amarle con la pureza de la infáncia, este angel se enlaza con él para siempre. Pero la luz existe, la sombra es inseparable

Litog.ª de Barrio-nuevo.

Socorro! socorro! salvad á mi hijo!

del cuerpo. A la risa reemplaza el llanto. La sangre tiñe el pavimento del santuário. El nudo de los amantes era indisoluble, ningun mortal podia desatarlo. El rey de Navarra quiso romperlo y espiró en el momento de intentarlo. El rey D. Sancho proyectó asesinar al conde y el cielo castigó su crímen. Murió á manos del mismo á quien quiso asesinar.

A. G.

EL SUEÑO.

¿Qué es el sueño?... ¿es vida, ó muerte?... en nuestro sistema orgánico es perfeccion ó vício?... ¿es obligacion ó derecho?... ¿es órden ó anarquia?... he aqui lo que no nos parece fácil definir, á nuestro modo de ver es el sueño al hombre lo que los facciosos á nosotros, una cosa que existe, que se ve, que se palpa, y que sin embargo no se comprende; que aun cuando lo esperemos nunca sabemos el momento en que viene, ni menos percibimos aquel en que se va, que todos lo ven antes que nosotros, y cuando acordamos ha desaparecido. Sea de esto lo que se quiera, el resultado es que algunos hombres sueñan, y de uno de estos hombres referiremos el sueño.

Pocos momentos hacia que acababa de reclinarme, (nos dijo, en una de las angustiosas siestas del mes de júlio) cuando se me figuró hallarme solo en un vasto campo fecundado con las águas de diferentes riachuelos que ó no tenian nombre ó se perdia como ellos en la pradera. La atmósfera adquirió de repente cierta suavidad halagadora, que facilitaba la respiracion; parecia que en aquella atmósfera se podia vivir mas; cuantas clases de flores, por raras y váriadas que fuesen, ha producido la naturaleza, allí se hallaban, y aunque al parecer colocadas sin aliño, formaban vistosos dibujos. Las aves de pintado y relúciente plumaje se posaban á mi alrededor sin espantarse: el hombre no habia pisado aquel recinto cuando no las habia obligado á que huyesen de él; bañaba este páis encantador un rio de tal estension, que se perdia de vista, ó tal vez algun brazo de mar ó el mismo mar;... en su rivera, donde serpeando iban á confundirse algunos de los riachuelos, dejaban como en pago las arenas de oro que arrastraban, y que estaban hacinadas en la orilla por la resisténcia que el mar habia hecho á recibirlas. El clima era suave y templado; no se creia posible viviendo allí el excesivo frio del polo ni el calor del trópico; reinaba una contínua primavera: en médio de tan hermosa perspectiva, una cosa echaba de menos que me impedia entregarme á toda la espánsion á que mi alma se sentia inclinada... no habia un hombre en este pais... ¿estarán en razon directa su auséncia y la felicidad...? Una vana esperanza me animaba: tal vez recórriendo aquella deliciosa mansion podré encontrarlo: inducido de este pensamiento, turbada en parte la felicidad que yo gozaba vuelto del éxtasis que me ténia fascinado, me decido á recorrer la tiérrá á que hábia vénido.

Pocos pasos habia dado, cuando de la espesura del bosque veo salir con aire grave y magestuoso, una figura de muger, realidad ó vision; pero encantadora, celestial. Su presénicia conmoviéndome me impuso. Vestia una túnica azul que la llegaba á la rodilla, cogida por la cintura con un ceñidor en que se veian algunos geroglíficos de plata, un manto blanco prendido con un broche de oro sobre el hombro izquierdo caia descuidadamente en mil uniformes pliegues. Su cabeza descubierta sin mas adorno que la trenzada cavellera que suavemente agitada por la brisa, parecia estar animada, bullir sobre los hombros de esta dulce aparicion; sus pies iban cubiertos de una ligera sandalia; en sus manos tenia un libro en que al parecer leia...: cuando al grito de mi sorpresa separó la vista del libro para dirigirla hácia mí; qué sensacion me ocasionó! á otra, tal vez sucumbiria de placer... su espresion era incomprensible, sus facciones algo mas que humanas... era un destello de la divinidad... un ángel...

Miróme de hito en hito y dirigiéndose á mí me dijo: sé tus deseos, tus pensamientos, tus esperanzas, tus temores, tu porvenir...

Absorto en su contemplacion apenas podia yo darme razon de mí mismo. Veo tu situacion, continuó, y te compadezco, tú no adivinarias quien yo soy, si no te lo digese: yo soy una encantadora, este es mi império: estas en mis domínios, eres mi prisionero, sin embargo no abusaré de mi poder, quiero que te sea provechoso.

Ya sin poder contenerme mas lancéme á sus pies diciendo: ó ser bienhechor yo te ofrezco el homenage de mi admiracion y respeto, puesto que mi suerte está en tus manos... dí... quién eres... como te llamas...?

Te he dicho que soy una encantadora y no te he engañado: mi nombre es inútil saberlo, en mi mano está el libro del destino; sin embargo no puedo variar la suerte de los hombres.—Pues bien decidme el mio... el de mi patria...

No, te diré mi história.

Estas en una isla; vine yo aqui, casi desterrada, ni habia flores ni plantas, ni era esto otra cosa que un pais agreste y desierto; las aves huian temerosas, todo presentaba un aspecto lúgubre y sombrio: con esmero y constáncia, he plantado los árboles que ves, he sembrado esas flores que embalsaman el ambiente que respiras, he dado direccion á los riachuelos, he cuidado de guardar semillas para las aves, he llegado á domesticar hasta las fieras, he hecho la felicidad mia y la de cuanto me rodea: hay otros habitantes en esta isla que me reconocen como su protectora porque cuido de su seguridad, presido á la division de sus frutos, los alívio en sus doléncias, educo sus hijos, los defiendo en sus apuros, los ayudo en sus conflictos.—Si pero decidme... —Puesto que no me has comprendido todavia, qué deseas saber?—La suerte de mi pátria.—La suerte de las

naciones pende de ellas mismas... y no hay ninguna que no merezca la suya... no hay pueblo por aniquilado que esté que no lo salve un buen gobierno....

La puerta que daba entrada á la habilacion donde dormia se abrió violentamente, desperté y la isla, la encantadora y sus máximas desaparecieron al impulso de un portazo. Hé aqui la suerte de las cosas.

B. N. DE ARENAS.

Costumbres de la edad media.

DEL TORNEO. (1)

Artículo primero.

Si analizasemos escrupulosamente el origen de los torneos, tendriamos que remontarnos hasta la olimpiada y situarle en las carreras de caballos que ya hemos esplicado. En unos y en orros juegos aspiraba el mantenedor á la glória, los antíguos la alcanzaban por medio de la velocidad de sus corceles y los modernos solo en la destreza de los suyos al princípio, y luego en el nérvio de su brazo y valor de su ánima. En su origen, el torneo se reducia á ejecutar parejas, tornos y otras evoluciones gimnásticas unos caballeros con otros, y no fué sino mucho despues cuando la arena se tiñó con sangre, en simulacro de guerra civil, cambiando la diversion en pesar, los gritos de placer en ayes de dolor, y en fin la vida en muerte.

Los romanos despues de la division del império, acostumbraron á ejecutar algunas evoluciones militares ecuestres; pero estas se asemejaban á nuestras revistas y simulacros mas ó menos. Cuando los godos se apoderaron del império, estos simulacros tuvieron ya algunas vistosas variaciones, particularmente en el reinado de Teodorico, que segun dice Muratori, gustaba de los ejercícios gimnásticos; pero ni por la forma, ni por el objeto pueden compararse con los torneos, que tal vez se deriven de este principio.

Los franceses y alemanes se disputan la invencion del torneo. Mr. Foncemagne le situa en Francia en el siglo IX y dice debe atribuirse al hijo de Luis el Afable. El historiador *Nithard* asegura que despues de haber firmado en 842 una solemne alianza los hermanos Luis el Germánico y Carlos el Calvo, celebraron espectáculos de esta clase, obsequiándose á la vez; el sítio donde se ejecutaron era Alemánia; pero los príncipes eran ambos franceses, razon que confirma la invencion en este pais.

Las sangrientas guerras que mantuvo la Alemánia en el siglo X bajo el império de Enrique I llamado el Pajarero, hicieron aquella nacion bélica y audaz; concluida que fue la lucha, no quiso el emperador dormirse en el ócio ni amortiguar el caracter guerrero de sus vasallos, y para ello al paso que mandó amurallar todas las ciudades, instituyó en 919 ó 34 segun unos, y en 935 segun *Heiss*, las fiestas del torneo para que la nobleza se entretuviese en el ejercício de las armas. A fin de que estas diversiones fuesen mas apreciadas, alentó el espíritu caballeresco de la época, dando todo el valor de ellas á la hermosura, á la nobleza y al valor, y asi es que en las ordenanzas que dió, prohibió se admitiese en los torneos á los que no profesasen la religion cristiana, á los traidores, violadores de mugeres, y á los asesinos sacrílegos y cobardes, al paso que admitia el defender hasta la muerte la hermosura, el honor del belio sexo y el propio.

Casi iguales leyes estableció en Francia en 1066, el baron Gofredo II, señor de Preully, á quien tambien se le concede por algunos la invencion.

En 1147 se dirigió á la conquista del santo sepulcro una fuerte Cruzada mandada por el emperador Conrado de Alemánia y el rey de Francia Luis el jóven; al paso de los cruzados por Constantinopla, cuya silla imperial ocupaba Manuel Commeno, debieron celebrar algun torneo que gustando al emperador griego, estableceria esta diversion que existió en aquella ciudad hasta que la rindió el conquistador Mahometo.

Los cruzados, que se divirtieron en Oriente en estos ejercícios, en ocasiones de trégua, á su vuelta á Europa aumentaron el gusto que se tenia á estos juegos, cuya parte caballeresca y maravillosa halagó siempre á los hombres de esta region.

El rey Ricardo fue el que introdujo los torneos en Inglaterra, y en Itália existian en el siglo XI pues Radevico los cita en 1158; pero no se generalizaron hasta 1266 en que Carlos I hermano de S. Luis rey de Francia, conquistó la Sicília y se hizo rey de ella como lo espresa Tolomeo de Luca en el tomo 11 de sus anales. El Dante hace referéncia á ellos en su infierno en el siglo XIV cuando en el capítulo 22 dice

E vide gir Gualdane
Ferir torneamenti, e correr Giostra,

Los romanos tenian en esta misma época el juego llamado *Bagordare*, el cual consistia en correr por las calles los nobles armados y con divisas á caballo peleando entre si, como con relacion á las fiestas que en 1265 hizo Roma al espresado Carlos I puede verse en la obra de *Rer. Ital.* que escribió Malaspina.

Como hemos dicho, estos espectáculos empezaron por mera diversion, y pararon en ser tan sangrientos, como los de los gladiadores del circo romano, con la diferéncia, que estos ó eran criminales á los que se daba por castigo el pelear entre si ó lidiar con las fieras hasta la muerte, ú hombres educados al efecto, para divertir á nn pueblo feroz que cifraba su entusiasmo en ver espirar á un hombre, á sangre fria, cubierto de heridas; y los torneantes eran nobles que se mataban por un punto de honor mal entendido, ó por hacer triunfar la hermosura de la dama de sus pensamientos á la vista de un pueblo, algunas veces, poco menos sanguinario pues que gustaba de estas escenas.

No fue España de las naciones mas tardas en admitir estas costumbres, el carácter bélico y caballeresco que distinguió siempre á los hijos de Ibéria, se adaetó pronto á estos usos y no tardó en llegar al apogeo de la caballeria, tomando hasta su parte mas feroz, cuando movió al sábio Alonso IX á dar en sus partidas título 18 la ley 10 que dice asi "Torneamento es una manera de uso de armas que facen los caballeros „e los otros homes en algunos logares, é acaesce á las vegadas „que mueren algunos dello, e porque entendió Santa Iglessia, „que nascen ende muchos peligros, e muchos daños tambien á „los cuerpos como á las álmas, defendió que lo non ficiesen. E „para esto vedar mas firmemente, puso por pena á los que en„trasen en el torneamento, e alli moriesen, que los nonso terra„sen en el cementerio con los otros fieles, magüer se confesa„sen e resciviesen el cuerpo de nuestro Señor, e esto mandado, „porque los homes tomasen escarmiento en los que viesen so„terrar por los campos, e se guardasen de lo facer." Ni la amenaza de la espresada ley ni las decretales del segundo concilio Lateranense (1179) ni las del Ecuménico, (1139) ni del de Rems (1148) y otros, ni aun la escomunion y entredicho que impuso Clemente V prohibiendo los torneos, bastó para desterrarlos de España. Unida la costumbre á la proteccion que les dispensaron algunos reyes y á que Juan XXII en el siglo XV absolvió en sus estravagantes á los que Clemente V escomulgaba en su citada prohibicion, se vendrá á convencer que los torneos no cesaron en España ni por temores civiles, ni religiosos hasta qce variaron las costumbras.

El rey D, Alonso XI fue tan entusiasta de todos los jue-

(1) En los números siguientes daremos artículos de las fiestas de Sortija, Toros, Folla y demas juegos de la edad media.

gos de equitacion y tan aficionado á la caballería, que no contento con apadrinarla, instituyó la famosa órden de la Banda (que esplicaremos en otro número) en 1368, y celebró los torneos y justas mas solemnes de que hay memoria en España.

Fueron nuestros árabes tan afectos á esta diversion, que por gozar de ella hacian tregua con los cristianos ya asistiendo á los torneos de los reyes de Castilla y de Leon, ya admitiendo á los nazarenos en los suyos, y comunmente al favor de sus viseras, peleaban algunos vengándose de este modo de sus personales enemigos.

Con solo repasar las crónicas de nuestos reyes, las obras de nuestros antíguos poetas, y las de las guerras civiles de Granada, se tendrá una idea del entusiasmo de la edad média por el torneo particularmente en los siglos del doce al quince, época del mayor esplendor de la caballería.

En 1559 fue muerto Enrique II rey de Francia en un torneo, y este accidente atemorizó de tal suerte á los príncipes de las demas naciones que unos los prohibieron del todo, y otros moderaron su pasion de suerte que puede fijarse en aquella época la decadencia y término del antiguo espíritu de la caballería. Ya tambien en 1279 habia costado la vida en Francia al príncipe Roberto hermano del rey Felipe.

Despojado de su ferocidad conforme se fueron dulcificando las costumbres, llegó el torneo en nuestra España hasta principios del siglo XVII pues tenemos á la vista la relacion del que mantuvo en Madrid D. Cristobal de Gaviria en 1615.

Por los años 19 y 20 celebró la grandeza en el picadero del duque del Infantado, en esta córte, vistosos torneos á los que asistieron las bellas y lo mas escogido de la nobleza de la corte. Testigos fieles de ellos no podemos menos de decir que era una mezquina imitacion de lo que nos dicen los historiadores de los antiguos: pero confesamos de buena fé, que á pesar de todas sus faltas, y de la poca edad que contábames, estos grandiosos espectáculos llenaban nuestra alma de entusiasmo y envidiábamos al caballero vencedor cuando entre mil aplausos ponia á los pies de su dama el premio de la victoria conseguida.

Con datos suficientes nos hallamos para poder citar la mayor parte de los torneos españoles; pero como esto seria mas propio de una disertacion, que de este lugar, lo hemos dejado para que tratándolos con mas gala que nosotros pudiéramos hacerlo, los canten en sus bellas poesias, los trovadores del siglo XIX.

El pueblo de Madrid vió con estraordinário placer los juegos gimnásticos de la edad media que con motivo de la Jura de nuestra inocente reina Isabel como princesa de las Astúrias se celebraron por los caballeros maestrantes españoles en nuestro circo nacional, y estamos bien persuadidos que asi los verá siempre, pues el recuerdo de las glorias nacionales eleva el alma, y dando lugar al entusiasmo, se pospone cuanto puede halagar en otro género.

Mucho se ha declamado contra las fiestas de toros por las escenas horrorosas á que dan lugar, no menos sangrientas que las de los torneos en que corria la muerte entre los combatientes, culpándose al pueblo por su aficion á ella; pero esta inculpacion es injusta si se atiende á que necesitando el pueblo de un desahogo, para quitarle el gusto á una diversion perjudicial y feroz, es necesario sustituirle antes otra cuyas ventajas conozca; formar poco á poco su gusto para darle costumbres nuevas ó ya olvidadas y desterrar por los mismos grados las ya arraigadas: que se pongan al pueblo español términos de comparacion y él decidirá indudablemente por el mejor, al principio por moda y despues por convencimiento. Estamos bien ciertos que si á la par que el de los toros, se estableciese otro circo donde se ejecutasen, despojados de la parte perjudicial, los juegos de la edad media, ú otros á proposito, no tardaria en perder el pueblo la aficion á las escenas sangrientas, y se decidiria por las que le ofrecian mas novedad á la par que mas variedad, diversion é ilustracion. Haga el gobierno un ensayo ó invite para ello á algun contratista, y estamos seguros de un feliz éxito, y de que en vez de rebajar, se aumentarian los caudales de beneficencia.

B. S. Castellanos.

LICEOS.

Hemos observado con un placer estraordinário, que la feliz ocurrência del Sr. Fernandez de la Vega, de abrir un liceo, tiene diversos imitadores. Otros vários artistas asociados con muchos literatos, se han propuesto abrir otro, y forman los estatutos y señalan el prémio del vencedor.

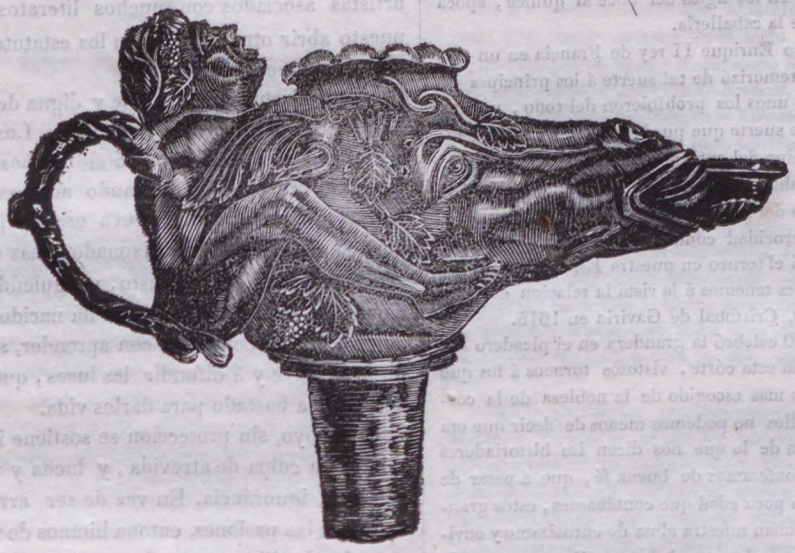
Esta circunstância noble y digna de encómio, nos ha inducido á diferentes reflexiones. Los jóvenes de la actualidad todo se lo deben á si mismos. ¡Honor á la juventud presente! Desechando antíguas y opresoras teorias, ha creado una nueva escuela, cuyos princípios elementales no han resonado jamas en las cátedras. Sin mas reglas que el gusto, y siguiendo las inspiraciones del génio, en sí misma ha nacido el gérmen de aprender y no contentos con aprender, se ha aventurado á enseñar y á difundir las luces, que un soplo de libertad ha bastado para darles vida.

Sin apoyo, sin proteccion se sostiene impávida, aunque se la culpa de atrevida, y lucha y vence á la rutina y la ignoránia. En vez de ser arrastrada por el fuego de las pasiones, entona himnos de ventura y paz, revuelve los libros sagrados, presenta con admirable novedad sus místicos asuntos, y recuerda los princípios de la verdadera religion; y sus mágicas palabras hallan mas acogida en el pueblo, que el acento aterrador del clero, ha comprendido el modo de enseñar (antíguo si se quiere) deleitando. Pero aun ha concebido una idea mas noble y generosa, no solo quiere instruir las masas, conoce que aun la falta mucho que aprender y crea académias. Este es el complemento de su grande obra, comprende que el espíritu de rivalidad, la glória del vencimiento, debe exaltar el fuego de la inspiracion, y alentar á los ánimos apocados, y con este laudable objeto se asócia y ofrece sus intereses en el templo de Minerva.

¡Ah! ¿Por qué nuestros magnates poderosos, aquellos que alguna vez cobijaron bajo su proteccion el talento y la indústria, no franquean sus dorados salones, y dan á estas reuniones todo el brillo de que son dignas? A par que harian un bien á la literatura nacional, este acto aumentaria algun tanto la glória amortiguada de su esclarecido nombre. Nos atrevemos á indicarles esta idea, á recomendársela muy particularmente, tanto mas, cuanto que ellos mejor que nádie, puede hacerlo con menos sacrifícios. Dueños de locales espaciosos, los mas de ellos adornados con elegáncia, nada les cuesta proporcionarlas: solo abrir sus puertas y encender cuatro lámparas, que ahora sirven de mero adorno. El poeta cuyos ojos no se apar-

tan jamas del bello ideal, sentiria dentro de sí un irresistible deseo de cantar, y al acompañarse con el armónico laud, no podria menos de exaltarse mas y mas en presénçia de las hermosas cubiertas de flores, oro y perlas. El artista perderia el encono con que debe mirar á una clase de quien siempre ha sido mirado con despreciativa indiferéncia. Y muchas de las hermosas que en un princípio tal vez concurririan por moda, al oir describir sus encantadoras grácias, al ver retratar sus mágicas bellezas, no podrian menos de sentir tambien latir sus pechos de gratitud y reconocimiento, y acabarian por tejer guirnaldas con que coronar las sienes del mas inspirado y feliz. Entonces, ¿qué no se pudiera esperar de estos jóvenes? ¿Qué dias no podria vaticinar esta nacion que tanto suspira por la glória?

A. G.



LAMPARAS ANTIGUAS.

La costumbre de encender lámparas en los templos, dice el sábio Montfaucon, pasó de los hebreos á los gentiles. Estos no solo las usaron para la celebracion de sus fiestas religiosas, sino que las adaptaron á los usos domésticos, y asi es que se las vé de diversas y elegantes formas, manifestando los objetos á que sirvieron, y declarando el buen gusto de sus poseedores y el grado de esplendor y magnificéncia del arte de los antíguos. Al hojear el tomo 5.° del patriarca de los anticuários ya citado, la obra de las antigüedades de Herculano, y los diversos museos en que se hallan dibujadas las lámparas egípcias, griegas y romanas, siente uno nacer en su alma una aficion decidida por aquellos pueblos, pero si llegamos á tocar con nuestras manos estos preciosos restos, nuestra mente se dilata hácia aquellos siglos de heroismo y de glória, y á la aficion sucede el entusiasmo...

La lámpara que representa la presente viñeta, pertenece al autor de este artículo, á quien se la cedió graciosamente D. Luis Zarate, que la compró en el mismo Herculano en mayo de 1834 al própio tiempo que la sacaron, entre otros objetos, de una casa acabada de descubrir. Por su forma, y sitio donde se halló, pertenece á las que Montfaucon clasifica como de uso doméstico, á pesar de que por la parte inferior, que puede servir para meterla en un candelabro, puede confundirse con las que los atenienses llevaban en unas astas á manera de los ciriales que se usan en nuestras iglésias para alumbrar á Minerva cuando la sacaban en procesion. La biblioteca nacional posee otra de la misma forma, con la diferéncia de que el hombre agrupado en la cabeza del caballo tiene un gorro frígio, y que es propia para poderla tener encendida sobre una mesa. Esta lámpara perteneció sin duda alguna al gabinete de antigüedades del señor duque de Medinaceli, pues Montfeucon la dibuja exactamente con relacion á dicho gabinete en la lámina 141, pág. 203 de la segunda parte del tomo 5.° de su preciosa obra de *L' Antiquitè expliquée.*

Por la forma y procedéncia de la lámpara que marca la viñeta, puede asegurarse ser romana, perteneciente á la época de *Augusto.* Cuando dibujemos alguna de las bellas lámparas que posee la biblioteca, daremos un artículo mas estenso acerca de este utensílio de los antíguos.

B. S. C.

AL PUBLICO.

Existiendo en la redaccion como unas 200 láminas útiles correspondientes al número 5, que no se pudieron repartir á los Sres. suscritores por haberse quebrado la piedra, pero que se les dió otra vez en el número 6, se advierte que dichas láminas se encuentran de venta en Madrid en los puntos de suscricion de este periódico á 2 reales cada una.

A peticion de algunos amigos, se ha tirado un número proporcionado de retratos del célebre Miguel de Cervantes en papel ingles, los que se hallarán venales á 4 reales; y visto el gran realce que esta clase de papel dá al dibujo, se tirarán en lo sucesivo en el mismo las que se encarguen por los Sres. suscritores, y á pesar de la escesiva diferéncia de su coste se darán mediante el abono de un real mas sobre el precio de suscricion.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.